

**¿Cómo perdiste el brazo,
Balchowsky?**

Toni Orensanz

¿Cómo perdiste el brazo, Balchowsky?

Primera edición

Julio de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU

Navona Editorial es una marca registrada de Editorial Navona SLU
Aribau 153, 08036 Barcelona
navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Estefanía Martín

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección Moelmo

Papel tripa Oria Ivory

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Imagen de la sobrecubierta Marc Harris

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19179-97-5

Depósito legal B 6525-2022

Impresión Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

© Toni Orensanz, 2022

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SLU, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

Índice

Prefacio	11
----------	----

PRIMERA PARTE

1. De cómo Eddie Balchowsky, convertido en una leyenda viviente del Chicago de los años setenta, rememora su paso por la guerra civil española	21
2. De la infancia de Balchowsky en Frankfort (Illinois)	41
3. De cómo, llegado a España, Balchowsky prefiere enrolarse en el Batallón Británico	61
4. De cómo Balchowsky, <i>storyteller</i> prodigioso, sigue siendo recordado por aquellos que tuvieron la suerte de conocerlo	79
5. De cómo Balchowsky escapa de la muerte a la carrera	99
6. De cómo Balchowsky pierde el brazo	119

SEGUNDA PARTE

7. De cómo Balchowsky regresa a los Estados Unidos bebido, desesperado y manco 147
8. De cómo un conde húngaro del siglo XIX y la saga Wittgenstein (la del filósofo) resultan fundamentales 161
9. De la vida sentimental de Balchowsky, enamorado impenitente, seductor de millonarias, trepador de balcones 175
10. De cómo Balchowsky descubre el arte no representacional y convierte los callejones de Chicago en un universo pictórico 189
11. De peripecias varias de Balchowsky 203
12. De cómo Balchowsky fue un *beat* prematuro, y se rodeó de una amplia corte de delincuentes, artistas plásticos, poetas y cómicos 225
13. De cómo Balchowsky estrena la década de los setenta instalado en *The Quiet Knight* 253
14. De cómo Balchowsky, gracias a su buen amigo Carl Macki, se convierte en el editor de una revista de vanguardia mientras vive a cuerpo de rey 267
15. De cómo Balchowsky, en los años ochenta, en la recta final de su vida, se siente como pez en el agua junto a una cuadrilla de veinteaños 293

TERCERA PARTE

16. De los últimos tiempos de Balchowsky	327
Sala de máquinas	367
Agradecimientos	449

*Su revolución ha terminado, señor Lebowski,
mis condolencias. Los parias perdieron.*

JOEL y ETHAN COEN

El gran Lebowski

*Así pues, ya sea verdad o no lo sea que el mundo
va de capa caída, y aunque os pongáis de parte
de los ángeles o del mismísimo demonio, tomaos
la vida tal y como os venga, pasadlo bien,
sembrad alegría y confusión.*

HENRY MILLER

The Angel is my Watermark

Prefacio

Entrevisté por primera vez al doctor Carles Hervàs en 2018 con motivo de un documental sobre la atención sanitaria en la batalla del Ebro, que emitieron las televisiones locales de Cataluña. La entrevista discurrió en su casa, un piso cercano a la Sagrada Familia, en Barcelona, donde cuenta con una biblioteca médica que contiene auténticas joyas.

Recuerdo que el día en cuestión nos entretuvimos hojeando el único ejemplar original que he tenido en las manos del libro *Field Surgery in Total War*, del neozelandés Douglas Jolly, un mito de la asistencia sanitaria durante la guerra civil española (1936-1939) —aunque esta ya es otra historia de las buenas, como lo son todas (o casi todas) las de los brigadistas internacionales que cruzaron medio mundo, en los años treinta, para luchar en España contra la amenaza fascista.

Hervàs es médico e historiador. Ejerció la medicina durante cuarenta años, y en 2009, una vez jubilado, se consagró al estudio de otra de sus pasiones: la atención sanitaria durante la Guerra Civil. Al cabo de los años se ha convertido, sin duda, en una de las personas que más saben sobre médicos, enfermeras, odontólogos, camilleros y hospitales durante los 115 días que duró la batalla del Ebro, en 1938, con unas estadísticas que harían estremecer a cualquiera, aunque no supiera sumar: unos 30.000 muertos, 15.000 prisioneros y 75.000 heridos,

entre los que cabe contar a Eddie Balchowsky, el protagonista de esta historia.

El entrevistado es un hombre menudo, de habla pausada, meticuloso, convincente y con una mirada que delata con facilidad el entusiasmo intelectual que siente por su objeto de estudio. Al narrar algunos episodios, los ojos le brillan de emoción.

En el transcurso de la entrevista, además de subrayar el gran salto adelante de la medicina durante la guerra, Hervàs puso un énfasis especial en los esfuerzos llevados a cabo en la organización sanitaria durante la batalla del Ebro.

Fue al hablar de la primera línea de hospitales de la retaguardia republicana cuando Hervàs mentó el tren hospital número 20, un tren que tenía como base de operaciones un túnel ferroviario kilométrico (4.040 metros de longitud), conocido como el túnel de l'Argentera, uno de los más largos de la península ibérica y situado a unos veinticinco kilómetros del río Ebro, en el sur de Cataluña.

El tren número 20 fue habilitado como hospital por los servicios médicos de la República, y contaba incluso con un vagón que hacía las funciones de quirófano móvil. Se conservan fotografías de estos convoyes reconvertidos en centros de atención sanitaria durante la guerra, y existen también reportajes de prensa e imágenes del interior del vagón quirófano. En algunas de las fotos se ve posando al equipo quirúrgico, encabezado por el doctor Rafael Pulido, que lidiaaba a diario con un flujo ininterrumpido de heridos, muertos y otras calamidades.

A lo largo de aquella primera entrevista, Hervàs me contó que el doctor Pulido conservó hasta su muerte las fichas

de absolutamente todas las intervenciones que se practicaron en el tren hospital número 20. Las mantuvo siempre bien escondidas por temor a que la dictadura franquista represaliara a los pacientes, médicos y sanitarios republicanos cuyos nombres figuraban en dichos papeles. Cientos de fichas estuvieron ocultas por miedo, lealtad y prudencia hasta que el médico murió en 2002, y su familia terminó haciendo entrega de ellas al archivo histórico del Colegio de Médicos de Barcelona.

Por lo que contaba Hervàs, se trataba de papeles de una gran importancia histórica que, además, eran un tesoro en forma de historias humanas, a cuál más dramática.

—¿Y se conservan los nombres de los heridos y los tratamientos que les aplicaron?

—Sí, y en algunos casos hasta es posible seguir la pista a los pacientes —respondió.

—¿Por ejemplo? Cuénteme algún caso que le llame la atención.

—Ahora recuerdo el caso de un brigadista norteamericano que se llamaba Belchowsky, Belichowsky o algo por el estilo, y que, por lo que yo sé, era pianista y presentaba una herida muy grave en un brazo. En la ficha del doctor Pulido se advierte que conviene estar muy alerta ante un posible riesgo de gangrena.

—¿Un brigadista internacional?

—Sí.

—¿Y qué fue de él?

—Sé que terminó por perder el brazo —sentenció muy serio, como si se pusiera en la piel del médico que tuvo que tomar la decisión de amputárselo, en un ejercicio extem-

poráneo de solidaridad profesional—. Figúrate: un pianista al que le tienen que cortar uno de sus brazos... Me parece terrible.

—A mí también... ¿Hay algo publicado sobre él?

—Que yo sepa, no... Todo lo que sé es lo que te he contado.

—¿Cómo dice que se llamaba? —insistí.

—Belchowsky, Belichowsky, Balchowsky... Algo así, es un apellido polaco, creo... Luego te lo digo, si te interesa.

—Pues creo que sí...

Ya en el coche, de regreso a casa, el cámara de televisión —un tipo listo y con muy buen ojo, Sergi Martín, alias Morris— volvió a sacar a Balchowsky a la conversación.

—¡Qué flipante lo del pianista manco! —exclamó, con las manos en el volante, apartando la vista de la autopista un momento y dirigiéndola hacia mí.

—Estoy de acuerdo contigo. Desde que he oído hablar de ese tipo, no me lo puedo quitar de la cabeza —fue mi respuesta—. ¿Cómo es la vida de un pianista con un solo brazo?

Llegamos al peaje de la autopista y, al pagar, yo ya intuía que el tal Balchowsky empezaba a hacerse un hueco en mi mente porque, tras su tragedia en la Guerra Civil, no podía haber más que una buena historia, lo opuesto a una *historia sin vida*. Me parecía uno de esos anzuelos que me gusta morder a ciegas, sin tener ni idea de adónde me arrastrarán, sin tiempo siquiera para haber cultivado prejuicios, ni tan solo para haber imaginado titulares de urgencia que te condicionan a cada paso.

No tenía ni la más remota idea de quién era el tal Balchowsky, ni de dónde había salido, pero hay historias que no piden permiso alguno para meterse en tu cabeza, sin que alcances a saber muy bien el porqué. Todos arrastramos algún que otro vicio.

Llegué a casa, donde aquel día habíamos invitado a cenar a Leo Bascuñana, una buena amiga, enamorada de los Estados Unidos, licenciada en lengua y literatura inglesa, *groupie* sénior de Bruce Springsteen, al que sigue adondequiera que vaya (o al menos así lo hacía hasta la pandemia de 2019).

Durante la cena, les conté a Leo y a mi mujer, Montse, que el entrevistado del día me había hablado de un pianista norteamericano que había perdido un brazo en el túnel de l'Argentera, que está a pocos kilómetros de donde vivimos.

Y otra vez surgió la misma pregunta.

—¿Qué fue de él a su regreso a los Estados Unidos? —planteó Leo.

—No lo sé.

—No creo que tuviera una vida muy feliz —sentenció irónicamente mi mujer.

—No lo parece, la verdad —aventuré, aún sin saber que, en buena medida, estaba equivocado—. Da mucha pena.

Tras la cena, pescamos en Google algunos vídeos y fotos que mostraban a un tipo de aspecto peculiar, con una barba larga y blanca, pose de anacoreta sediento de juerga, greñudo, cara de buena persona y arrugas al por mayor, como si fuera Diógenes recién salido de su tonel; también hallamos noticias que hicieron crecer exponencialmente nuestro interés por aquel pianista manco.

Las principales referencias que encontramos *online* daban cuenta de que, efectivamente, Edward Ross Balchowsky había sido un brigadista internacional muy malherido en la guerra, pero también señalaban que, con el paso de los años, se había convertido en una especie de leyenda de la bohemia de Chicago. No tan solo había sobrevivido a la herida, sino que había aprendido a tocar el piano con un solo brazo.

—¡Qué fuerte! ¿Cómo se toca el piano con un solo brazo?
—exclamé.

—Ya te veo escribiendo algo sobre el tal Balchowsky
—vaticinó Leo.

—Bueno, ya lo veremos... De momento, lo único que tengo es una curiosidad insana por saber quién era y qué fue de él.

—¡Si hay que ir a Chicago, yo me apunto! —bromeó mi mujer.

Y así fue como Balchowsky empezó a correr por mis venas, como si fuese un chute de heroína de la más adictiva, con Leo y Montse jugando un papel fundamental en esta investigación. Mi mujer, que es bibliotecaria, me ha ayudado en la búsqueda de fuentes documentales de todo tipo, y Leo ha ejercido pacientemente de muleta y garantía de solvencia lingüística con el inglés; lo hará durante toda esta investigación porque, puestos a ser un poco rigurosos, se trata de no perderse ningún detalle, ningún matiz, y mi inglés da para lo que da.

Esta investigación ha recalado (presencialmente, *online* o a través de terceros) en archivos de medio mundo: Chicago, Nueva York, Washington, Berkeley, Boise (Iowa), Athens (Ohio), Frankfort (Illinois), Londres, Moscú, Madrid, Barcelona, Ávila y Salamanca; y me ha llevado a hacer una treintena

de entrevistas y a sumergirme a fondo en las hemerotecas de la prensa norteamericana.

Es tanta la documentación hallada sobre la vida del pianista que yo también podría decir, al estilo de Carrère con Limónov, que he conocido a Eddie Balchowsky y que este artificio que tienen en las manos, créanme, no es ninguna novela, sino una aproximación periodístico-narrativa a la vida casi inverosímil de un hombre que, a su vez, nos sirve para conocer un poco mejor la historia de otra América del Norte: los Estados Unidos que te hablan de rebeldía, la bohemia, los *beats*, el *underground*, la contracultura, la neurosis anticomunista, las drogas y lo que ellos llaman *the radical thinking*. Perdonen la frivolidad chistosa, pero a Balchowsky le sucedía en cierto modo lo que a Forrest Gump: algo gordo sucedía por donde él pasaba.

Lo que tampoco sabía, al iniciar esta investigación, era que Balchowsky, en sí mismo, es literatura pura, al tener poco o mucho del espíritu de Huckleberry Finn, Walter White, John Falstaff, Don Juan, el barón Münchhausen, Dean Moriarty, Simplex Simplicissimus, Jeff Lebowski, Don Quijote, el hombre del brazo de oro, Santa Claus, Drugstore Cowboy, David Kepesh, Lázaro el resucitado, Andreas Kartak y suma y sigue.

Fue un superviviente que se aferró a la vida. Una lección ambulante de resistencia y de superación sonriente. Un perdedor entre perdedores al que nada terminó de salir bien, pero del que todos se encariñaban. Un idealista a quien la vida maltrató con saña, obligado a descubrir demasiado pronto *que la vida iba en serio* y que, pese a ello, se obstinó en vivirla hasta no poder más. Sin resentimiento. Mentor espiritual

y gurú salvador para muchos, aunque él no supiera redimirse, como los buenos mesías. Un hombre esencialmente libre y de una cierta candidez. Un buen tipo. Un amor. Un idealista iluso. Un maestro *of the streets*. El pianista de un solo brazo. Aquel pecador tan agradable. El rey de los callejones.

Un gato que gastó sus siete vidas, y hasta puede que alguna más.

Un héroe imperfecto. O, si lo prefieren —ahora lo sé—, mi antihéroe perfecto.

Todo eso y mucho más era Eddie Balchowsky (1916-1989).

NOTA: Con objeto de que la lectura fluya sin excesivas cortapisas, todos los detalles sobre citas, fuentes, documentos, archivos, diarios, entrevistas, etcétera, que he utilizado para esta investigación, aparecen al final del libro, reseñados capítulo por capítulo.

PRIMERA PARTE

1

De cómo Eddie Balchowsky, convertido en una leyenda viviente del Chicago de los años setenta, rememora su paso por la guerra civil española (1936-1939) mientras ejerce de portero en un club musical, se inyecta heroína y toca el piano con un solo brazo ante el asombro de una constelación de admiradores y emergentes estrellas del *rock and roll*.

EL PIANISTA DE UN SOLO BRAZO

Trucu-tru, trucu-tru, trucu-tru. El zumbido metálico del tren hace que Utah Phillips levante la cabeza y deje de entretenerse mirando el escaparate en el que se anuncia que se reparan tacones en solo tres minutos. Son las tres de la tarde y espera en la avenida West Belmont la llegada de algún responsable de The Quiet Knight, el club musical en el que esa noche cantará por primera vez.

Frente al escaparate de reparación de tacones *ipso facto*, bajo un frío intenso, está Phillips, con su barba, las patillas anchas e infinitas, la mirada inquieta, el sombrero de cowboy y su inseparable guitarra, que transporta en un estuche tan ajado que bien podría haber vivido con él la devastación de la guerra de Corea.

The Quiet Knight está bien situado si se viaja en el «L», el tren elevado de Chicago, a pocos metros de la estación urba-

na de Belmont, líneas roja, púrpura y marrón, en el distrito de Lakeview. Phillips observa que bajo el paso elevado del tren un grupo de yonquis persigue a los viajeros cuando salen de la estación, a veces en solitario, otras en manada, como un torbellino errático, entre tirones, súplicas, amenazas y manos mendicantes.

Hay pasajeros que arrancan a correr en cuanto pisan la avenida, perfectamente conscientes de la avalancha de desesperación cotidiana que les espera allí fuera, y algunos yonquis intentan seguirles en su carrera, atropelladamente, como si en lugar de pies arrastraran cargas muy pesadas y fueran a darse de bruces contra el asfalto.

Los hay muy jóvenes, aunque también mayores, casi todos hombres, de una edad parecida a la de Utah Phillips, aún en la treintena. No son pocos, y ve cómo algunos cruzan la amplia avenida sin mirar; tan solo la complicidad del mismísimo Satanás haciendo horas extras puede explicar que no sean atropellados. Se diría que los automóviles y los taxistas, buenos conocedores del medio, circulan con la máxima precaución. Nadie desea llevarse a casa un fiambre sobre el capó del coche.

Phillips espera y desespera. Es la hora convenida, y The Quiet Knight sigue cerrado, de modo que el músico decide refugiarse en un local cercano, la Victoria Tavern. Pide una bebida sin tener demasiadas ganas, y sigue entreteniéndose observando el espectáculo de la avenida W. Belmont. De repente, se fija en una escena llamativa, que parece tener luz propia: un hombre de mediana edad, con abrigo largo y gorra inglesa, acompañado de un pastor alemán que ladra como poseído, surge de un torbellino de yonquis y ventisca, y cruza

la avenida con despreocupación, absolutamente convencido de que los conductores ya frenarán a su paso y que, si no lo hacen, el problema será más bien de ellos. Poco o nada teme perder. Pese a ello, un coche negro, un Checker largo y ancho, un clásico norteamericano, está a punto de arrollar los cuartos traseros del animal.

Nada de ello tiene la menor importancia para la secuencia callejera que se está desarrollando: el hombre del abrigo largo y el perro siguen su camino sin sobresaltos, mientras el conductor aporrea el claxon y exhibe un amplísimo repertorio de insultos en español. «Esta calle es un espectáculo», se dice Phillips, que continúa esperando y apura los últimos sorbos de la cerveza que ha pedido. Pasados diez minutos, el joven músico y su guitarra abandonan la taberna y comprueban que, ahora sí, según parece, la puerta exterior de The Quiet Knight, en el 953 de West Belmont, está abierta.

The Quiet Knight está situado en el primer piso de un viejo edificio de ladrillos de los antiguos, de color rojizo y de canto estrecho, al que se accede por una escalera enmoquetada más larga que ancha. En poco tiempo se ha convertido en el club de referencia de Chicago para los amantes del *rock*, el folk y el *jazz*. Lo dirige Robert Harding, roquero, melómano, noctámbulo, que hasta la fecha ha regentado otros dos locales musicales en la ciudad: el Poor Richard (1363 N Sedgwick) y un primer Quiet Knight (1311 N Wells), muy cercanos el uno del otro, ambos en el barrio viejo.

Pero The Quiet Knight de W. Belmont, abierto hace poco más de un año, en 1969, ha conseguido hacerlos olvidar rápidamente, y en poco tiempo se ha convertido en el templo de la música en vivo de la ciudad, con Harding ejerciendo de

maestro de ceremonias y dando la alternativa a músicos de todo Estados Unidos. Los jóvenes inquietos de Chicago están encantados con The Quiet Knight, gracias a su buena música y a una entrada asequible que da derecho a un par de consumiciones.

Son veintitrés los peldaños que separan la calle caótica de esta meca de la música, apta para cuatrocientos espectadores, según dicta el milimétrico aforo oficial. Phillips los sube, y empuja cautelosamente la puerta del local, en la primera planta. Alguien está tocando el piano. Suena maravillosamente bien. Es Beethoven y su inconfundible sonata *Claro de luna* (opus 27), justamente en el frenético *presto agitato* final, interpretado de manera poco ortodoxa, delicadamente tempestuosa.

Ya dentro del club, espera en silencio, intrigado, sin querer molestar. Allí dentro no parece haber nadie más que el pianista y un pastor alemán que, tumbado en un rincón del escenario, mueve la cola acompasadamente. Los reconoce. Son el hombre y el perro poseído a los que ha visto cruzar la calle de forma temeraria. El perro, tan grande como un Cadillac Fleetwood, la reencarnación de un bisonte albino, da muestras de haberlo visto, pero sigue junto al piano, como hipnotizado por la música. Como si estuviera diciéndole: «Te he visto, pero haz el favor de quedarte quieto y callado».

Phillips está paralizado. El pianista es manco, y es un solo brazo, el izquierdo, el que martillea el teclado de punta a punta. Toda la sala está prácticamente a oscuras, salvo el trozo de escenario, iluminado por un pequeño foco. Piano, manco y pastor alemán forman una santísima trinidad de gran belleza plástica. Lo que está viendo le parece un milagro; no

se atreve a moverse ni a decir nada y se mantiene junto a la puerta para no ser visto, por miedo a romper la magia del momento.

Phillips no olvidará jamás aquella sonata, ni todo lo que escuchará a continuación, a modo de lista de antiguos éxitos revolucionarios: el *Freiheit* de los antifascistas alemanes, cantada con coraje, como quien se dispone a afrontar de inmediato su última batalla; ni «El valle del Jarama», ni «Los cuatro generales», ambas cantadas en español: «Los cuatro generales, / mamita mía, que se han alzado, / que se han alzado... Para la Nochebuena, / mamita mía, serán ahorcados, / serán ahorcados». Es un viaje melódico a la España de la guerra de 1936-1939, una güija musical con un piano, un perro y un manco como antenas espirituales.

El pianista tiene una voz descosida, aguardentosa, enérgica. Es alguien que canta por necesidad vital, como ha debido de hacerlo desde niño, y a quien la voz le nace en un estómago reventado por el alcohol y la heroína.

«Menudo regalo», para de repetirse, hasta que el pianista, en un arrebato, deja de tocar, se levanta de la banqueta, se despereza y, de inmediato, el perro salta del escenario y se dirige hacia la penumbra donde están Phillips y su funda de guitarra.

Pese a la amenaza bestial que se le aproxima, Phillips se pone a aplaudir tímidamente, y el perro se le planta delante ladrando y con los ojos vidriosos, aunque su furia se desvanece en cuanto el pianista, aún encima del escenario, le manda callar y lo llama por su nombre: Duke.

—Hey, muchacho, no te había visto. ¿Eres Utah Phillips?

—Yo mismo.

—Bienvenido, soy Eddie, Eddie Balchowsky. ¿Llevas mucho rato ahí? No te he visto entrar —le dice, mientras acaricia el lomo de su lazarillo canino, que ahora parece el animal más dócil del mundo.

—El suficiente para descubrir que eres un pianista maravilloso.

—Nadie aporrea el piano mejor que yo. Si tuviera los dos brazos sería un pianista como cualquier otro, no habría pasado de ser un vulgar aprendiz de concertista —responde seriamente, y exhibe sin complejos el muñón, por si Phillips no se hubiera percatado de que lo tiene amputado por debajo del codo.

Tras la presentación, Balchowsky le enseña el local, bastante espacioso, con vistas a la calle gracias a unos buenos ventanales rematados con capiteles de inspiración dórica. Lo hace con desgana, parece fatigado, como si le estuviera diciendo: «Lo que ves es lo que hay, muchacho, no hay nada más». Es afable, pero seco.

Duke no tarda en regresar a su rincón. Los dos están en su casa, eso salta a la vista. Balchowsky se sirve una copa de vino, tras la barra, y lo invita a un trago. Phillips piensa que debió de perder el brazo hace ya muchos años, porque se maneja con una enorme destreza, y ahora mismo aguanta la botella de vino con lo poco que le queda del brazo derecho.

Phillips se interesa, entonces, por la hora a la que suele acudir Richard Harding, el propietario, con quien solo ha mantenido un par de charlas telefónicas.

—Siempre viene tarde, por eso estoy yo aquí, ejerciendo de ángel custodio de The Quiet Knight —sentencia Balchowsky,

y es obvio que la suya es una respuesta que ha repetido mil veces ante la misma pregunta recurrente.

Tras vaciar la copa de vino de un trago y servirse otra, ahora es Balchowsky quien pregunta y se interesa por dónde se alojará Phillips durante la semana que pasará tocando en The Quiet Knight, de miércoles a domingo.

—Aquí cerca, en el sindicato, en el IWW —le informa; IWW son las siglas del Industrial Workers of the World, el sindicato autogestionario al que pertenece.

—Bien hecho, chaval... Yo vivo aquí, o casi. Ahora mismo esta es mi casa, aunque en Chicago me conocen como el rey: el rey de los callejones —proclama Balchowsky.

Acto seguido se sirve otra ronda, enciende un cigarrillo y le confiesa a Phillips que confía en que The Quiet Knight tenga una larga vida para poder seguir ejerciendo de «ángel custodio», lo que equivale a hacer de todo un poco: poner orden, limpiar vasos, abrir, cerrar, recibir a los músicos, pelearse con algún capullo, si es necesario, y hasta preparar los carteles de los conciertos. Y aún añade que lo mejor es que Richard Harding le deja vivir allí, y puede tocar el piano siempre que le apetezca. Entonces, impulsivamente, se tumba de espaldas en un banco largo de madera, sosteniéndose la cabeza con los brazos en la nuca.

—Parece sacado de una iglesia —le dice Phillips.

—¡Tienes buena vista! —aprecia Balchowsky, echándose a reír, y le cuenta que Harding y él mismo acarrearón varios bancos desde una vieja iglesia cuando se abrió The Quiet Knight; y seguidamente elogia las múltiples prestaciones de esos asientos de pasado devoto como mesa, barra, catre y hasta plataforma orgiástica. Lo remata diciendo que con un

banco ancho y largo como ese hasta habría podido cruzar el río Ebro en la guerra de España.

Phillips se ríe con ganas. Sabe bien qué fue esa guerra, justo antes de la Segunda Guerra Mundial. En el IWW, los voluntarios que fueron a España a luchar contra el fascismo, alistados en las Brigadas Internacionales, han alcanzado para algunos la categoría de leyenda, aunque, a esas alturas, la mayoría de sus conciudadanos ya no recuerden que hubo una guerra en España, ni cuándo, ni cómo ni por qué.

Seguidamente, Balchowsky, en otro arrebató, sorprende a Phillips diciéndole que se dispone a echar una cabezada porque aún es pronto, poco más de las cuatro, y quedan unas cuantas horas para el concierto. Se tira encima un tabardo, aún recostado sobre la banqueta, recoge las piernas y, hecho un guñapo (o tal vez un gurrúño), cierra los ojos.

—Felices sueños —le desea Phillips, desconcertado por el pronto, pero ya no obtiene respuesta alguna, tan solo un leve gruñido que emiten al unísono, totalmente sincronizados, Balchowsky y Duke, que también duerme, aunque con un ojo medio abierto, siempre vigilante y de mala leche.

Phillips necesita muy poca cosa para su actuación: un par de micrófonos, el uno para la voz y el otro para la guitarra. Está todo en orden, y se dice que ya comprobará el sonido más tarde. No tiene por qué preocuparse de cuestiones técnicas, y menos aún en un local en el que actúan asiduamente, semana tras semana, bandas colectivas y numerosísimas.

Pese a todo, está nervioso. Es su primera vez en *The Quiet Knight*, y los clubs nocturnos no son su terreno natural. Él es un cantante de folk, un artesano preindustrial, un contador de historias que lo basa todo en el poder de la palabra, sin otra

vocación que conseguir que la gente cante. Es un militante del verbo y las ideas que, hasta la fecha, ha rasgado la guitarra en teatros, parques y convenciones laborales y políticas.

Pero la verdad es que Balchowsky lleva razón: aún queda un buen rato para la actuación, programada para las nueve, así que Phillips decide retirarse al camerino y repasar las historias que ha preparado a modo de introducción, enganche o divertimento. «¿Qué hago yo tocando en un club nocturno de Chicago?», no para de preguntarse, y duda si ha hecho bien haciendo caso a su amigo Cliff Raven, tatuador, muy conocido en Chicago, que es quien ejerció de mediador ante Harding.

Libreta en mano, lee los textos a los que lleva días dando vueltas porque, se dice, no puede hablar esta noche del mismo modo que lo haría a plena luz del día en un encuentro sindical. Teme resultar aburrido, y a estas alturas ha aprendido que no hay nada más tedioso que una noche entera de música política. Lo de hoy le resulta un reto, obsesionado como está por conectar con el público.

El encuentro con Balchowsky le hace considerar la posibilidad de empezar el concierto con su tema «He Comes Like Rain», que ya había incluido en el repertorio de esa noche, pero no en primer lugar. La canción dice así: «Él llega como la lluvia. Como el viento se va. Sin malgastar el tiempo ni las lágrimas de nadie. Sobrellevando el dolor y recibiendo los golpes. Mientras pasan sus años solitarios». «He Comes Like Rain» habla de todos los Balchowsky que ha conocido —o eso cree—, y decide escribir unas pocas líneas que pretende utilizar cuando presente la canción. Se la dedicará a él, a modo de guiño para la parroquia local.

Llaman a la puerta del camerino, pese a estar entreabierta. Es Harding, con una chupa de cuero, barba larga y cuidada y un sombrero vaquero con dos plumas. Saluda a Phillips afablemente, le pregunta si todo está en orden, hablan de su amigo común Cliff Raven y de cómo piensa enfocar el concierto.

Phillips le confiesa cuánto le ha impresionado escuchar a Balchowsky tocar el piano, en solitario: uno de esos privilegios inesperados que, muy de vez en cuando, te concede la vida. Entonces, a Richard se le ilumina el rostro y, como si no pudiera evitarlo, se echa a reír con ganas, a carcajadas, hasta que al final, cuando se calma, pregunta:

—Y seguro que te ha dicho que no sabía que estabas en la sala, ¿verdad? Siempre hace lo mismo. Ya lo irás conociendo, es un tipo grandioso.

—Creo que no me vio entrar.

—No eres el primero. ¡A todos les dice lo mismo!

—¿Y lo del brazo? ¿Cómo lo perdió?

—¿Lo del brazo? —Harding se echa a reír de nuevo—. Mejor que se lo preguntes tú directamente. A ver qué te cuenta... ¿Cómo perdiste el brazo, Balchowsky?

LEYENDA E INSPIRACIÓN

A decir verdad, sé poca cosa sobre cómo Utah Phillips y Eddie Balchowsky se conocieron en *The Quiet Knight*. Añado que ni tan solo sabría decir si Phillips, aquella primera vez, llegó a preguntarle directamente cómo perdió el brazo derecho, ni qué respuesta le daría, en caso de que lo hiciera.

Balchowsky falleció en 1989, y Phillips, convertido con el paso del tiempo en una celebridad en los Estados Unidos, «la golden voice of the Great Southwest», murió en 2008.

Aunque los dos dejaron algún que otro testimonio de aquel día, tómense la mayor parte de lo que acaban de leer como un artificio periodístico-literario construido gracias a un cierto andamiaje documental. *The Quiet Knight* es un lugar fundamental en la vida de Balchowsky —también es la etapa que resulta más fácil de reconstruir—, no solo porque allí fue feliz, sino también porque fue entonces cuando convirtió la guerra de España en un asidero sentimental al que se aferraba con fuerza, al que cantaba diariamente y sobre el que contaba peripecias capaces de dejar alucinados a los parroquianos noctámbulos.

Tenemos noticias de aquel encuentro entre los dos músicos gracias a lo que escribió Phillips: «El conserje, tras sacar la basura, estaba solo en el gran salón, únicamente iluminado por un foco sobre el escenario, tocando la sonata *Claro de luna* de una manera bella y tranquila. Me quedé en la penumbra escuchándole. Él no sabía que yo estaba allí. Me fijé bien y vi que tocaba el piano con una sola mano, y que en la otra tenía un muñón».

Balchowsky también dio testimonio del encuentro a un periodista en 1985: «Utah me vio tocando una tarde. Era la época en la que él actuó en *The Quiet Knight*, en Belmont, donde yo trabajaba. Yo estaba tocando la sonata *Claro de luna*, y Utah dice que por fuerza yo debía de saber que había alguien más en la sala y que por eso seguí tocando algunas canciones de la guerra civil española».

Algo parecido les sucedió a otros músicos. Tal es el caso de los integrantes de Aliotta Haynes Jeremiah, un popular

trío de Chicago de principios de los setenta y habituales de The Quiet Knight de Harding y Balchowsky. El guitarrista de la banda, Skip Haynes, escribió un libro en el que, entre otras cosas, cuenta lo siguiente: «Eddie estaba sentado en el escenario tocando viejas canciones populares. Duke estaba sentado a su lado, apoyado en la banqueta del piano. Tenía los ojos cerrados y se movía al ritmo de la música. Cuando nos oyó, el perro soltó un leve gruñido».

Duke, efectivamente, también existió. Era un pastor alemán, el terror de The Quiet Knight y de W. Belmont. Según el relato de Haynes: «Los perros de los yonquis, con solo verlo, huían ladrando con la cola entre las patas. Duke habría devorado a cualquiera».

Otro icono de la música norteamericana contemporánea, Jimmy Buffett, tan conocido que hasta aparece como personaje en un capítulo de la serie *South Park*, también fue un asiduo de The Quiet Knight, donde llegó a hacer de telonero de Bob Marley y de muchos otros. En un artículo de su *alter ego* Marvin Gardens (un seudónimo que le permitía dar rienda suelta a su vertiente más psicodélica), rememoró lo siguiente: «Eddie tocaba el piano sobre todo cuando el local cerraba y se apagaban todas las luces. Los músicos, por lo general, todavía estaban allí, medio borrachos y cansados. Y lo escuchaban en silencio tocar con un solo brazo. Nadie decía una sola palabra por temor a que se detuviera. Las canciones llenaban el aire de una triste y a la vez alegre melancolía».

Dejemos de lado ahora si Balchowsky sabía o no que tenía público en The Quiet Knight cuando se sentaba al piano, y si le importaba o no su presencia, y pongamos el foco en el hecho de que Utah Phillips, los Aliotta Haynes Jeremiah, Jimmy

Buffett y otros músicos quedaron tan sobrecogidos por la fuerza de Balchowsky y sus interpretaciones que no tardaron en escribir y grabar canciones que hablaban de él o que lo tomaban como fuente de inspiración.

Phillips fue de los primeros al componer «Eddie's Song», que incluyó en uno de sus discos más célebres: *Starlight on the Rails*.

La letra de la canción certifica el impacto de aquel instante vivido en el 953 de la avenida W. Belmont:

*One hand on the keyboard and moonlight fills the room
One hand on the Ebro, no regrets
One hand on tomorrow reaching for the sun
One hand on the sun that never sets.*

*The white cliffs of Gandesa lie sleeping in the rain
I guess some places always have their kings
And now I hear you singing the forgotten songs of Spain
I wish we could remember all those things.**

Utah Phillips, como bien saben los norteamericanos y los amantes del folk, en particular, no es un cualquiera, sino que, en palabras de Pete Seeger, «es sin duda uno de los personajes más inolvidables de los Estados Unidos». Phillips es una auténtica institución del folk y, como tal, contribuyó a con-

* «Una mano al teclado bajo la luz de la luna, / una mano perdida en el Ebro, sin lamentos, / una mano al mañana, alargada hacia el sol, / una mano al sol que nunca se pone. / Los barrancos blancos de Gandesa duermen bajo la lluvia. / Supongo que todos los lugares tienen sus reyes. / Y ahora te escucho cantando las canciones olvidadas de España. / Ojalá fuera posible recordarlo todo.»

vertir a Balchowsky, todavía en vida, en una leyenda de la cultura popular. Y tiene su lógica, porque la década de los setenta fue prodigiosa en The Quiet Knight y no hubo estrella del *rock* que no actuara en ese local, en el que Balchowsky sacaba lustre a su mejor personaje.

Por allí pasaron desde Bob Marley hasta Tom Waits, sin olvidar a Bruce Springsteen, The Velvet Underground, los Talking Heads, Linda Ronstadt, Muddy Waters, Herbie Hancock, Prince, Miles Davis y el sinnúmero de bandas y músicos noveles que tenían allí su primera pista de aterrizaje en Chicago gracias al talento y buen ojo de Harding.

Tom Waits mencionó a Balchowsky, Harding y The Quiet Knight en una entrevista de 2011: «Yo solía ir a Chicago a principios de los setenta, y solía tocar en un viejo club llamado The Quiet Knight. Estaba bajo el «L». Tenía una enorme escalera, con cuatro tramos de peldaños. Richard Harding era el dueño, y Eddie Balchowsky trabajaba para él. Constituían un grupo muy interesante». Waits y Balchowsky se hicieron muy amigos, piano y heroína mediante, y me pasaré años persiguiéndole (sin éxito) para suplicarle una entrevista.

Pero fue Jimmy Buffett quien le dedicó la canción que, probablemente, ha alcanzado una mayor celebridad, la que lleva por nombre «He Went to Paris» (1973). Es uno de sus grandes éxitos, tan conocido que ha llegado a proclamarla públicamente la mejor canción de su carrera. Bob Dylan, admirador declarado de Buffett, también ha citado en alguna ocasión «He Went to Paris» como uno de sus temas favoritos. Es un clásico norteamericano contemporáneo.

La canción es pura ficción, inspirada en Balchowsky, eso sí, pero en ningún caso se trata de una biografía, sino de un

canto a los jóvenes idealistas, a los que la vida castiga y termina dejando en la estacada.

París simboliza, en este caso, el lugar al que peregrinan (peregrinaban, al menos) los inconformistas del mundo en busca de respuestas y caminos, ya sean artísticos, mundanos, colectivos, sexuales, ociosos, alcohólicos o psicotrópicos.

La canción termina del siguiente modo:

*If he likes you he'll smile, and he'll say,
«Jimmy, some of it's magic, some of it's tragic
But I had a good life all of the way».
And he went to Paris
Lookin' for answers to questions
That bothered him so.**

Lo trascendente, pues, es que Balchowsky terminó convertido en mito y fuente de inspiración artística en el Chicago de los setenta. «Era más grande que la vida», en palabras de Buffett, y vivió al máximo sin que nadie fuera capaz de colocarle un bozal civilizador.

ENTREVISTA Y FLASHBACK

Otro asiduo de *The Quiet Knight* era Roger Ebert, quien a principios de los años setenta aún no era un crítico de cine

* «Si le gustas, te sonreirá y te dirá: / “Jimmy, hay cosas mágicas y otras trágicas, / pero al fin y al cabo he tenido una buena vida”. / Y se fue a París, / buscando respuestas a preguntas / que le inquietaban.»

todopoderoso —uno de los más influyentes de la historia reciente de los Estados Unidos—, aunque ya era un periodista conocido que ejercía la crítica cinematográfica y escribía reportajes para el *Chicago Sun-Times* desde 1967.

En mayo de 1973 —con el Watergate a todo gas, y la leyenda de Balchowsky *in crescendo*—, Ebert decidió hacerle una entrevista. Faltaban aún un par de años para que le concedieran el premio Pulitzer, apenas pasaba de la treintena, tenía una gran vocación periodística y sentía una enorme atracción por la cultura pop, *pulp* y *underground*.

La larguísima conversación entre Balchowsky y Ebert discurrió en *The Quiet Knight*, cómo no, y el artículo contó con distintos titulares. «La odisea de Eddie Balchowsky» era uno de ellos. Muy al principio del texto, el periodista confiesa a sus lectores, a modo de enganche: «Eddie me contó algunas historias que nunca olvidaré».

Más que una entrevista, lo que publicó fue una sucesión de citas, extraídas de unas tres horas de conversación un sábado de una tarde desapacible, con el local aún cerrado y las sillas de madera apiladas unas encima de otras, de dos en dos, puesto que en aquel momento Balchowsky estaba barriendo el suelo y necesitaba tenerlo completamente despejado.

Frente a frente, el destino y el buen olfato periodístico de Ebert reunieron aquella tarde a un bohemio superviviente de todas las batallas, desaliñado, enjuto y con el pelo alborotado, como sus ideas; y a un intelectual joven y con una sólida formación, un tanto descarado y gamberro, ansioso por fisgonear en todo tipo de vidas ajenas. Aunque no supiera muy bien qué podía salir de aquel encuentro, el reportero busca-

ba un poco de pulso vital de la acelerada historia de los Estados Unidos del último medio siglo.

—Toda mi vida ha sido divertida —le dijo Balchowsky, que había entendido bien lo que el periodista buscaba—. Estudié piano y canto en la Universidad de Illinois. Venía de Frankfort.

—El Frankfort de Illinois, ¿verdad?

—Sí. Nací allí en 1916. Como te decía, ingresé en la Universidad de Illinois y, al cabo de tres años, me expulsaron.

—¿Por qué?

—Me pillaron entrando a escondidas en el Smith Music Hall a las tres de la mañana con un paquete de seis cervezas bajo el brazo. Yo tan solo quería tocar un poco el piano.

—¿Y entonces? —Ebert, conteniendo la risa, le invitó a que continuara con la historia.

—Entonces, eso debía de ser en 1935, conseguí un empleo en la coctelería Kitty Davis, donde trabajé como camarero cantante. Era una coctelería y un bar universitario que contrataba a muchísima gente joven.

—Creo que he visto alguna vieja postal fotográfica del Kitty Davis en la que se ve a algunas chicas guapas con el birrete universitario puesto —intervino el periodista, que seguidamente intentó que Balchowsky le hablara de su alistamiento en las Brigadas Internacionales.

—¿Sabes? —reflexionó Balchowsky—. A medida que pasan los años se me hace más y más difícil decir por qué fui a España. Yo no era muy activo políticamente, la verdad. En aquella época, solo me dije que había que ir a España a matar fascistas. Yo soy judío, Hitler no me gustaba especialmente

y estaba al tanto de que España iba a ser el inicio de la expansión de Hitler en Europa. Así que hacia allí me fui.

Ebert siguió interesándose por las razones que lo habían llevado a España, y Balchowsky insistió en su voluntad de combatir toda clase de injusticias, y negó que fuera un comunista ortodoxo que hubiera obedecido órdenes de partido. «No fue eso lo que pasó», le dijo, y echó mano de un disparate de lo más gráfico, una de sus anécdotas clásicas sobre su participación en la guerra:

—Nunca he pertenecido a ningún partido. Fui a España a luchar. Había estado en contacto con toda clase de grupos de izquierdas en la universidad (socialistas, comunistas, trotskistas), y la verdad es que simpatizaba con todos ellos porque no estaba metido en política. De hecho, un Primero de Mayo fui a una manifestación con la bandera equivocada, ya no recuerdo si la socialista o la comunista, y me rompieron un diente de un puñetazo.

Ebert volvió a partirse de risa con la anécdota, y se dijo que Balchowsky tenía una enorme habilidad para verse a sí mismo como un personaje de comedia, una comedia cósmica. Lo que contaba no era nunca para darse importancia, sino todo lo contrario: para presentar la vida como un cuadro absurdo, al que cuesta encontrarle el más pequeño sentido. Su recurso a la ironía era innegociable, estuviera donde estuviera, se enfrentara a lo que se enfrentase.

—¿Sabes que estuve en la cárcel?

—Cuéntamelo...

—Dos veces. La primera vez en la prisión de Cook County, y la segunda en Stateville.

Y, seguidamente, Balchowsky echó mano de una historia

que, poco a poco, durante toda su vida, fue convirtiendo en uno de sus grandes *hits* gamberros: el de la broma salvaje que gastó en la prisión, por primera vez, a un carcelero novato y que luego, con el paso de los años, fue reeditando cuando se terciaba la ocasión.

La historia del gag es la siguiente: Balchowsky está entre rejas, compartiendo celda con otro detenido, cuando tiene noticia de la llegada de un nuevo carcelero. El vigilante es joven e inexperto y nadie le ha informado de que entre los presos hay uno al que le falta un brazo. Así que Balchowsky habla con el compañero de celda y le pide su colaboración, lo que este acepta.

Acto seguido, procede: se introduce ligeramente el muñón del brazo derecho en la boca y se tira al suelo como si lo que se hubiera engullido fuera el antebrazo entero, hasta la altura del codo, y estuviera a punto de ahogarse o sufrir un colapso. El colega conchabado con él grita como un loco pidiendo auxilio, de modo que el guardia novato no tarda en llegar y, al ver a Balchowsky, asume que aquel preso está a punto de morir asfixiado. «¡Haz algo, por favor! ¡Haz algo! ¡Se va a sacar el estómago!», grita el otro preso, muy metido en su papel, y el guardia, desesperado, se echa encima de Balchowsky, forcejea con él, trata de sacarle el brazo de la boca y, al final, cuando ya no puede resistir más el envite, es nuestro manco quien se saca el muñón de la boca y, ante el estupor del vigilante, se echa a reír como si hubiera consumado la ocurrencia más sonada del mundo.

Ebert se rio al oír la historia, pero la verdad es que no era esa clase de historias, precisamente, lo que estaba buscando aquella tarde.

—Eddie, hagamos un alto en el camino... Háblame de tu infancia, por favor —le suplicó, en un intento de controlar la partida, temiendo que no le sería fácil ordenar todo lo que le estaba contando aquel tipo, que disfrutaba entreteniéndose en cada detalle, que dedicaba el tiempo necesario a masticar cada palabra.

Y entonces Balchowsky se quedó mudo, como si dudara, como si la simple mención de su niñez lo hubiera dejado paralizado.

—¿En serio quieres que te hable de mi infancia en Frankfort? No es una historia demasiado edificante, la verdad, pero sí que tiene su importancia...

—¿En qué sentido?

—No he vuelto a poner los pies en mi pueblo desde que era pequeño. Soy algo así como un hijo pródigo. —Y se echó a reír, aunque con desgana, y Ebert fue perfectamente consciente de que era una risa triste.